

EXCURSIÓN A LOS SUCESOS

VOZ

El mejor desierto sale de su boca, y los ojos arden y las palabras se transforman en gritos, en extrañas voces, en fantasmas que cierran los oídos. Entonces, se tensan los músculos, se oprime por dentro, y los nervios se destruyen a sí mismos, y todo se resuelve en la paz de la psiquiatría, en los medicamentos, en hacer de la luz algo privado. Y los amigos se ríen de las oraciones de uno, debo pensar reír llorar comer como él. Pero a mí me gusta el hilo curado de las frases. He de hablarte con la tristeza de las sílabas que van y vuelven, con el polvo de las palabras

Deberé fijar la atención en cómo profiero las palabras y averiguar la causa de ello. Lo cierto es que llegado a la edad de cinco años no lograba urdir las sílabas, por ejemplo, un trac con un tor. Pero no. Antes tampoco me resultaba juntar ciertas letras; por eso decía tac-tor. Digo que cuando me hablaban no podía juntar las letras y menos aún las sílabas. Así, a todo respondía con un ¿ka?, sin poder recordar la expresión de mi cara (pienso que la boca se quedaba un rato entre abierta y los ojos perdidos en la boca de quien me preguntaba.) Lo cierto es que tengo un tío que dio una solución a mi problema: dijo que ¿ka? equivalía a un asterisco, es decir, que era una suerte de estar en todos los mundos posibles. Cuando le conté esto a un amigo mío muy sensible, no hizo otra cosa más que juntar el pulgar con el índice formando una argolla para señalar la finura de ese fragmento de mi biografía. Ahora, sin embargo, sólo conservo lentes en mi boca. Qué ganas de volver a profetir solamente ese ¿ka? en razón de no volver a dar más explicaciones, en razón de que no me escuchen quienes no me quieran escuchar

El dedo índice de mis padres, al quedar sólo ante algo, no significaba nada para mí, hasta que lo supe. Fue entonces que todo se llenó de falsa curiosidad. Incluso los significados se ocultaron sin admitirlo. Pero apareció la destinación de las palabras, con la fuerza de la piedra de Newton. Desde ese momento: ¿la otra cara del lucero es la mañana o la tarde? Tengo que estar en el umbral. En el umbral las espumas llegan a nuestros tobillos sin afectarnos. Sin embargo, un hambre desplazada por la tristeza volverá a declarar una guerra con mis palabras

Y, por habérselas con un espejismo, se ahogó en su propia lengua. A veces las palabras tienen su experiencia en el ojo y el ojo en la luz que lo traiciona. Por eso es mejor el polvo que confina el antebrazo a la cara, sin poder avanzar, con la lengua quieta pero fértil para señalar la vida bajo los brazos. Pues también las palabras tienen su experiencia en el ojo, y el ojo en la oscuridad que lo ama; pero éste sin embargo le teme

MEMORIA

Ella dibujaba en la arena los recuerdos de infancia de él y, al mismo tiempo, los borraba y, por sobre ellos, volvía a dibujar más y nuevos recuerdos: por eso, ahora él hunde sus manos en esa misma arena, la aprieta con fuerza incluso, pero no logra atrapar mucho, casi nada, tan sólo un listado de palabras: esa mirada en sí amándose, esa tez, ese gesto balanceándose, ese latido en mí golpeándose, cables eléctricos, ese hálito, esa ternura robándose lo imposible, cables eléctricos, aquella sonrisa apenas, aquella sombra fundida en mi sombra, todo perdido ahí, en su sombra, todo reabsorbido por su cuerpo, esa caricia mentirosa del fantasma igual me desnuda y me erecta como a un árbol celoso del mar del viento

Cuando veía cómo caía el sol en la ciudad, ella trazaba líneas negras - como si fuesen la síntesis de todos sus sueños- sobre una naranja; pero de pronto, hundía sus yemas en ella, y la descueraba; luego se la comía, deseando que el día se largara para siempre. Pero lo cierto es que el sol, detrás de la cordillera de la costa, dibujaba por sí solo unos trazos, trazos que eran signo de que un poco más allá el horizonte se volvería sobre la luz

Desperté al alba, creyendo que llorabas a mi lado, pero tan sólo era una lluvia torrencial después de meses, que dio paso a la flor de mi sueño, y hoy vienes a regarla. ¿Sabrás que es mi cuerpo, humedecido de lágrimas, en otras sábanas? Tal vez lo amado concilia esperanza y deseo en yacer, decantar y partir con la espalda vacía, después de tanto tener saliva adentro, la saliva de las huellas que has dejado

Le temía a las mariposas en su niñez; hoy, cuando se le posan en la nuca, en sus manos, en sus hombros, en su corazón, en su vientre, se queda rígido, hasta el punto de que cuando se va la mariposa, éste suspira largo e intenso, volviendo a los años que en verdad le pertenecen, dejando atrás su cauta infancia, por una caricia, por un beso, por una pierna, todo al acecho de una nueva armonía

No salieron el sol, ni las nubes, ni las estrellas; nada hay en el cielo, sólo nuestros rostros reflejándose en los vidrios de aquellos edificios que nos atrapan. Entonces, sordos nos vociferamos: las voces están vacías como el cielo de hoy. Pues sólo cuidando el eco de nuestro valle, sólo cerrando las trampas en desuso, aparecerá el aire (ante nosotros) con toda su descendencia. Sólo afonías sacrificadas al hueco de la aversión, cadencias arriesgadas a un amor inútil, complacencia lejos del alba

Se empapaba con las lágrimas de ella; no sabía por qué lo hacía, pero le gustaba: el calor de su cuerpo cesaba y su fidelidad aumentaba (sus oídos y sus ojos en generosa oposición) la dulce renuncia al ego niquelado

Corrí de aquí al mar hasta que el corazón me doliera, y vi el mar y el corazón me dolió. Entonces caí de rodillas. Luego de un sopor comenzó a llegar el sonido de las olas; después sentí que sus espumas me bañaban (vino una gaviota a dejarme pedazos de mariscos), entonces me tiré a la tierra, para quedarme ahí; y las espumas son las nubes; y las nubes son las nieves; y me hielan

De espaldas al mar, las espumas mojan sus tobillos hasta hundirse en la arena, y el ocaso no tarda en llegar, para dejar naranja su piel, y con ello los pescadores de la noche tienen un nuevo sol, y los pescados así se harán hacia la orilla. Entonces las olas se volverán sobre ellas mismas, y la corriente desaparecerá. Pero luego ella dará dos pasos, dejando la espalda al mar, y las huellas de sus tobillos quedarán ahí, como dos fuentes donde pueda beber la sed de la sal, pero todo terminará por hacerse temblores y tormentas y el mar hará de su espalda la roca más querida

Corrí y corrí y corrí; y las garras del león me atraparon por detrás de la cabeza y me rasgaron las orejas y las orejas chorrearon sangre, todo esto mientras buscaba los alimentos silvestres para adecuarme al lugar

Ella le tiraba –con ese desliz– unas migajas de pan a los pajaritos. Ese acto significaba, para mí, la desnudez de ella. Y una vez desprendida de las migas, vino a mi lado (con ese andar donde el todo de las piernas sostiene a las caderas que tienden a quedarse atrás), para orientar su cabeza sobre la parte inferior de mi dorso. En aquel momento, logré escuchar los latidos de su corazón, por medio de su oído, en mi corazón. Esa sensación despertó en mí una fertilidad fértil, como los hijos que ya quisiera tener

De madrugada, izar de cortinas, para hacerse polvo de cenizas; y una mariposa se detiene en la ventana (abre y cierra sus alas lentamente), y sigue a dónde sabrá uno; sin embargo, quedan estos cuerpos – cosidos al mismo abrazo – construyendo el paisaje: un cielo azul y un par de nubes blancas, después de la *primera velada*; una brisa (del color del agua) y una arena que se ha colado por debajo de la puerta, y unas legañas como para no levantarse

En una lluvia intensa, en plena oscuridad, solo. Rato después, ya empapado y alumbrado de perfil, por la estrella regalada, se empeñó en el terror de imaginar tu muerte: los gusanos devorando el cuerpo, y esa ausencia suya contigo, la disolución de las palabras, cosa extraña, cosa dolorosa, cosa que se produce en la garganta. Habría mejor que consumir todo lo que eras en esa memoria: la manía de la nostalgia, el permanente rumor de la carne, todo ese crujir de tripas que recobra el hambre de haberte perdido

TRISTEZA

Sin espacio, pero libre de todo tiempo, la coordenada del afecto destruyéndose en la irreverencia, en la oposición del ánimo. O la aniquilación de las soledades, o la tristeza desplazada por el hambre. Tal vez sea preciso no volver a salir de casa, crear ultra-tensiones en el cuerpo, suprimir el alcohol, las drogas, todos los medicamentos. Mejor sería bajar las cortinas y arrugar las sábanas con el corazón palpitando no sé por qué razón

Perdí el dracma perdido, porque esta memoria impulsada a la tiniebla, yace ahora ahí. Debería de habérmelas con ella; no sé bien cómo, pero un puñado de arena arrojado a su niebla es mi corazón azteca, que late afuera en sacrificio de aquel frío, sin poder dañarla. Y, por eso, me hace tiritar todos los dientes. Si el desierto no dejara crecer a las flores, entonces moriríamos quemados por el viento. No tendríamos más razón que irnos a habitar los contornos, donde el abismo se confunde con lo abisal, y los astros desaparecen para siempre

Una tristeza consume mis cabales. Debe ser el tufo verde de la pieza - una almohada enredada a las sábanas- y hojas de libros arrancadas yacen bajo la cama. La ventana pintada de negro, excepto un vacío de luz para ver en movimiento la escultura que descansa en la gradinata de hormigón. Ello me basta; pues trae recuerdos de la bestia que me comprende. Y creo que basta todo ello para no salir de la pieza, excepto cuando haya que ir en busca de esta especie de combustible que he llamado tufo verde, que uno encuentra en la facilidad y en la alegría de los amigos

CÓLERA

La torpeza ha sido estricta conmigo: zarandear personas, gritar a toda prisa, beber grandes cantidades sin darse cuenta, drogar la sangre, quemar el corazón con el deseo, ser irrefrenablemente violentado, corajudo rostro, tener ganas de partíroslos a todos, tener ganas de perder, de caer, de recaer, no sé bien qué pasa, no sé bien qué pasará, necesito de alguien que me dé grandes dosis de cocaína, pero por sobre todo necesito una mujer, una mujer que me dé fragmentos para mi diario de vida, para quedarme estampado en su cuerpo, y sacarle los labios, los ojos, la nariz, el pelo, y morderla en la entrepierna, en su vientre, en sus tetas, hacerla desaparecer, sin dignidad, con el *orgullo desplazado*, con una vida de mierda, sin testamento, entera iletrada y sin palabras

Tus negaciones semejantes a una cicatriz sin historia; podrás seguir robando oro, comiendo oro. ¿O acaso la niebla rodea tu cabeza? Finges, además, correr la sangre. Sin embargo no sabes con qué clavarte, no sabes con qué... Porque, en realidad, a duras penas tus negaciones quedan ocultas por la hipocresía de tu imaginación. Pero déjame a mí, intercambiémonos los ojos, dejemos un rato que caiga sangre de nuestras cuencas, y profiramos palabras sacadas del mal, para que te hartes de todo y sepas desprenderte de mí con coraje

¿Te desnudarías en el río? Reconstruye el paisaje y deja a tus pensamientos contracorriente, a tu pelo confundándose con el musgo, a tu boca como un pez. Luego la prosa del agua no podrá gritarse. Pero: ¿te atreverías a contaminar el río? Mastúrbate el ano, chorrea esa sangre que me diste de probar. Debes crear genuinas burbujas. Deja que aflore lo grotesco; dale unas pinceladas a no sé qué, con los ojos perdidos en el cielo, y olvida el río que te llevará

Contaminé los recuerdos con tu voz caída al flujo de mi sangre, porque mi memoria ha dado curso a la imagen de tu carne; y hay un humo retraído que concede la ceniza que perdimos. Por ello, quisiera sacrificar tu presencia en aras de volver a tocar las brasas que fueron nuestros cuerpos. Tal vez sea el viento que hace florecer tu nombre en la arena. O una duna que se desprende para acampar otros nombres

Ver esa mirada traicionada en mi rostro (tan dulce para haberla ahorcado). Pero la piedad me botó a la ternura, entonces la cabeza en los latidos de tu corazón fue señal de querer engañarse en la persistencia. Por eso he terminado por hundir la mano en la parte izquierda de tu pecho, hasta la detención del tiempo. Y el cuerpo compareció de una venosa blancura: comencé frenéticamente a rayarlo con el vaho, la saliva, con los dientes, la lengua, como un caracol en tus párpados, pómulos, orejas, vientre, tetas, piernas, entrepiernas, hasta que de pronto se me vino encima esa ventana que da al cielo, sin horizonte, sin color, sin nada, nada más que mareos, pérdidas de equilibrio, caídas de la cama, desnudo en todos los sentidos, apático, con escasa y descortés palabra

Apenas huiste bajo la hilera de álamos, la prenda de tu sexo quedó, sin darte cuenta, abandonada a la maleza del parque. Jamás hubiese vuelto por ahí, pero tu recuerdo lábil me humedece. Entonces voy y me digo: *nuestro parecido sexual, que se transforma en amor*. De manera que, como aquel perro caído al agua, me revuelco sobre ese polvo que fue nuestro. Sin embargo, nada hay; sólo la desesperada deferencia a mi voz. Luego, al levantarme me arreglo la ropa, me peino y parto, como tú aquel día, bajo la hilera de álamos

Una lady me hizo muy ingrátido, al hablarme en voz baja – mientras recorría yo mi propia histeria: humos en forma de corazón, **diminutivos** varios, clichés, *lencería fina*, una manzana roja todavía sin nombre – acerca de que era hora ya que pusiera los pies sobre la tierra

No pude ver el charco de tu menstruación, pero me hubiese gustado revolcarme en él, quería habérmelas con la imagen perversa, la verdad es que me hace falta correr, gritar, disparar tres balas al aire y cortar los nervios centrales y todos los nervios; que la risa me auxilie de esta promesa contra ella, las conexiones ya no existen y la trama se deshila con la misma dulzura con que el pie se desprende de su huella

Ese caldillo de congrio, esas cerezas, las servilletas rojas en tus labios, esa mano oscilando con la sal, la pimienta, con el vino, el agua, y los cubiertos se montan sobre ellos mismos, los platos se entrechocan, y me grito. Entonces, me levanto de esa silla del siglo XVIII, la mesa se vuelve contra mí, la lámpara de lágrimas se abandona a mi cabeza, pierdo el control, la sangre brota, luego vuelvo a pintar tus labios con mis dedos, y me das el caldillo en la boca, me recupero, tomo rápidamente un vaso de vino, dos, y asiéndote de sorpresa (por la cintura) te beso como siempre he querido, sin caer en la cuenta de que eras otra

Esa vorágine que va del silencio al iris. Ese desprecio anula todo gesto.
Ni siquiera una ceniza se abre como una flor, sólo la boca presta la
sonrisa de una mala ebriedad; quítame ya esos ojos de encima, si no
sacaré uñas de gato para que dejes de hacerte falsas imágenes conmigo

RENCORES

Sin necesidad de trabajar, de estudiar, de masturbarse, es sólo un artista de verano, le gustan las mujeres por el computador, piensa en masturbarse, en salir de casa, en ir a las playas, pero no puede. Es terrible imaginar a este zorro viejo, tan abandonado está, creo que será mejor buscarle una empleada, será mejor que le planchen las camisas, que se coma todos los platos de la semana, que sus manos sean arpías en el refrigerador. Es hora de que este zorro viejo vuelva a darse prolongadas duchas, que vuelva a tropezarse con sofisticadas lámparas, sí, es preciso que tome su convertible rojo y con una buena pelada de forro salga en busca de *chiquillas bronceadas por la soledad*, que termine por besarlas en la arena, en el culo, en el ombligo, en las tetas y terminar en los párpados para coronar la acción como se hace a la torta con la guinda. Zorro viejo, no te escapes. Zorro viejo, te has vuelto contra mí ¡Veneno! Soy yo frente al espejo que quiebro con las ondas de mi voz

Mientras más pasa el tiempo menos te creen los amigos. Uno les habla de lo cierto y ellos te dudan, con un *podría ser*, con un *sí pero no*. Los amigos quisieran discutir la verdad del amigo, qué tipos más carentes de credulidad. Amigo, el amigo intelectual no te dejará en paz, despréndete de él: no cree lo que dices y luego los consejos y luego los retos y luego toda esa farsa. Mejor sería emborracharnos y besarnos y mal oler nos por unos cuantos días. Pero no. El amigo intelectual te dice primero que sí y pasan las horas y te dice que no justo cuando estás poniendo el pie en el acelerador. Entonces te quedas solo, y no sabes a donde ir. Te preguntas si debieses haber acompañado a tu amigo a las conferencias sobre grandes filósofos que sólo ellos creen conocer, a los ciclos de poesía (porque ellos son poetas que amenazan a la farándula) con toda esa *chusma* que no quiero ver. Entonces me imagino sus caras y me digo qué alegría de no haber asistido, de estar aquí parado por cuenta propia. La cuenta propia es lo que me hace ser único, me hace escribir contra aquéllos que creen desprenderse de mí. Es preciso desprenderse de todos los amigos intelectuales, que hablan cosas serias, de las siete artes liberales, qué horror, qué paciencia, sólo yo quiero ser ese, yo puedo

hablar con propiedad a mis amigos sobre las siete artes liberales, a pesar de que ellos te engañen, porque hablan desde las autoridades, porque en los ciclos aprenden la arma de doble filo (una de las caras afilada con lo *políticamente correcto*, para decirte con la otra que eres tú el *políticamente correcto*.) Lo mejor con estos amigos es colocarle una droga en su vaso, para que hablen *nevadas* y nos riarnos a carcajadas y mandemos todo a la mierda y nos abracemos sin tener nada en común, perdiéndolo todo, salvo ese cariño tan mío, tan tuyo

¿Por qué habrá de esos sueños tan reales para un amigo como imposibles para uno? Competir con un ser querido que lo gana todo y te deja sin nada a ti. Pero las palmas de mis manos se juntarán, como el puño a la mejilla, y ni siquiera las gitanas (cómo quisiera engañarlas, tener bajo la manga falsos billetes) me pedirán la mano. Ah, esas hermosas gitanas me querrán pero yo las despreciaré. Sé que los cántaros de la lluvia se transformaran en monedas que harán un mar donde nos perderemos sin reconocernos por las escamas

En el ocio, debajo de las piedras, encontré monedas de oro: eran para mí. Las metí en mis bolsillos y regresé a casa y las conté sobre el catre. Qué alegría, 5 monedas de oro eran. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, volví a salir para dirigirme hacia el negocio de más allá. Una vez ahí, terminé por hacer trueque: a cambio de las monedas tomé una cerveza (como nunca antes) y comí una marraqueta con tajadas de la mejor mortadela, todo para comenzar de cero. Maldita sea. Fue caer de los zancos por no haber querido tener los pies sobre la tierra. Maldita sea. Creí que el placer de tener tesoro iba a ser mayor que el de tener dinero. Será mejor que dedique la vida a recoger cartones: *a ver* si de los gusanos que viven ahí puedo obtener la tinta para escribir la inútil melancolía de saber que la riqueza de las naciones no es el dinero.

Millones de martillos sincronizados en la cabeza, *the day after the night before*, es tener todos los electrodomésticos en tus oídos, a los funcionarios en tus sábanas, con inocuas preguntas. Entonces las páginas del diario caen de tus manos y el *vaso de leche* se desperdiga. Debes recoger, cambiar, ordenar, sacar la basura. Los millones de martillos sincronizados en la cabeza se duplican. Debes tomarte la presión, salir a caminar, convidar a la mujer de tus sueños, comer verduras, tomar té verde, cagar hartos, mear con la dulzura de mear, sonreír a quienes te hablan, reír con moderación, pero nada de esto sirve. Debes llamar, entonces, a un empresario, para sentirte cerca de algo cuantitativamente grande, para afrontar la noche: a partir de una pequeña y blanca estrella transformarse en un meteoro de verdad, para caer de una vez para siempre en el océano de la vejez

El placer no estuvo tanto en haber sido golpeado en las costillas por esos hombres, sino más bien en haberme arrastrado apenas susurrando en busca de alguna ayuda; fue como haber estado en guerra: aunque habiendo perdido de vista al ejército y dejado caer el arma en terreno peligroso

Por tan perdurable y tan desmesurada agonía, tumbado. Sólo el hocico de piltrafa cocido a sus pantalones. Va de una esquina a otra, con temblorosos cigarros llenos de cenizas. Pero ya no puede más que tumbarse en su catre y reconocerse en la piltrafa que le mira como a un hermano (se le eriza el lomo cada vez que ve acercarse alguna dignidad que le amenaza). Él quiere levantarse, pero no puede nada más que caerse del catre y seguir tumbado en la raída alfombra de su pieza. Pues lleva el dolor de que todos le han desentendido, lleva el dolor de saber que afuera sus seres queridos triunfan con facilidad y alegría. Este hombre tiene un nudo en la garganta que ni un mar de lágrimas podría desatar. Debemos ayudarlo. Pero todos se desentienden de él, salvo la piltrafa en la cual se reconoce. Vete con ella y muere de hambre, le digo. Ella sabrá guardar tu nombre junto a callejeros que se aman

He evocado a la histeria con tu nombre, me complazco en ello, me gusta tenerte por esclava de mis sentimientos, dominar la fría vena de donde nacen tus palabras, me complazco en ello, porque aún espero borrar esa seductora irreverencia. No sabes cómo te imagino, llena de la mejor dulzura. Pues es gratificante ver tu dorso con esa *tela de cebolla*. Y ese tabaco de dónde es, me lo has robado, qué maravilla, por favor dame un poco, tienes las yemas de un amarillo oscuro (del mismo color que las mías), me has robado el tabaco, qué maravilla, y ¿ese papel de arroz? No sé, pienso que tu cuerpo se parece a una gran duna de arena, vieras cómo cambia, cómo se mueve, si vieras en lo que te has convertido, cada vez estás más cerca del mar, eres ahora la roca donde estallan todas las olas, para que salpiquen hasta apagar todas las estrellas y deje al cielo y a la tierra en una gran batalla por nuestros nombres aún inútiles

Era día de fiesta. El sol tenía la misma intensidad que las falsas risas de un pariente. Qué estúpido ver a estas personas hacer un show a la hora de la siesta. Menos mal que el jardín tiene un rincón para observar entre las ramas. Consumo un par de cigarrillos y las bocanadas salen sin que haga ningún esfuerzo. Cómo quisiera hacerme pichí en las mamaderas de los bisnietos de mi abuela. Cómo quisiera también que sus madres y sus padres y sus abuelas y mi padre y mi madre y mis tíos y mis tías y mis hermanos y todos mis primos y todas mis primas se pusieran a chillar como queltehues en celo, mientras esas deformes criaturas lloran. Sería maravilloso; sacaría de la cárcel al par de bull dog que se encuentran con hambre. Y qué honor para mí verlos correr hasta ese pariente para que uno de ellos le devore su pierna mientras el otro le quita el jamón que se encuentra devorando. Tengo un sabor a desherencia que me complace como un plato de niachi. Intentaré volverle la espalda al día de mi nacimiento. Con una corona de plumas y dos sandalias podré vagar sin que nadie me reconozca. De ese modo, me protegeré. Mientras tanto, era día de fiesta. Y los padres de los niños chocheaban con ellos para que le entregaran gracias al adulto mayor

BESTIARIO

Sí, junto a la primavera llegan también las moscas. Seguramente entran por la madrugada en tu habitación, zumbando éstas, zumbando. Y de pronto te ves como aletargado, sin saber aún si duermes o no duermes, hasta que intensos "ddddddddd, ddddddd..." se te posan en tus párpados, labios y orejas. Y esto lo soportas más que un rato y, sin embargo, el problema sucede cuando a estos moscones verde-azulinos les es indiferente tu propia -pero aparente- indiferencia. He ahí entonces cuando te enervas; es más, he ahí cuando debes decidir cómo afrontar los minutos que siguen a la insoluble existencia de ese momento: o cubrirte con las sábanas húmedas llenas de amor, o salir de tu habitación a toda prisa, para encenderte uno de esos cigarros que traen a la mujer que horas atrás soñaste, con la esperanza de atraparla

Estábamos en la *tierra de nadie*, y no sabíamos qué hacer; entonces miramos hacia un árbol y descubrimos a un pájaro hacer un nido. Dos días después llegó la pájara, empolló, y luego los huevos y luego los pajaritos, todo ese proceso de vida en pocos días. Entonces me dije querer embarazarla, entre tanto construir una casa, con barro, pajas, y *cavar una fosa* y buscar semillas de árboles frutales y encontrarse de sorpresa con vegetales y reproducirlos. Y una lista de cosas para hacer, en nueve meses, lo que ese pájaro hijo de puta - aparte de salir volando - hace en dos días

No sabía que las alcachofas, en su lugar, están siempre llenas de moscas; o imaginemos una nube no sólo negra sino también espesa, que deja sólo entrever algo del verde color y consistencia del musgo. Qué paisaje más inhumano, me dije, pero estoy cierto de que ahí habitaron los dinosaurios; y qué extraña sensación, creo que uno de estos días tropezaré, sin darme cuenta, con varios metros cuadrados de alcachofas, para que las moscas confundan esta cabeza (que cuelga sobre este lánguido cuello) y terminen por cubrirme de negro, con el fin de velar prehistóricamente por el amor que alguna vez se fue, sin dejar rastro

Hay dos queltehues en el jardín de mi casa: la hembra anida a vista de todos y el macho guarda siempre la misma distancia ante ella: no se acerca, sólo acecha; esto lo he observado durante 15 días: creo que al décimo salí a ver por curiosidad los huevos. Sin embargo, no logré dar ni un paso, ya que los queltehues chillaban hasta el punto de dar lástima; no obstante, cuando nacieron los queltehuitos el padre se fue sin dejar rastro alguno, como en secreto, después de haber permanecido con tanta fidelidad durante días: ni dolo, ni lágrimas; sólo ojo y cortesía. ¿Nosotros?

Esas bandurrias tan prehistóricas, las hubieses visto, me hacían retroceder a toda velocidad por todos los milenios, quise ir hacia ellas y montarme en una – en el lejos parecían enormes –, pero exclamaban sin cesar (de manera tan, tan extraña) y de pronto un craksh, un gran huevo moja mi zapato puntiagudo y me hago presa del espanto: ahora son las bandurrias que vienen hacia mí, la cara entonces cumple con desfigurarse, los dedos se me abren, las piernas rígidas detienen a las caderas, las bandurrias se acercan y me rodean con intensas exclamaciones cada vez más extrañas, no sé bien a qué atenerme, pero creo que estas bandurrias representan el amor equivocado (el huevo: ¡craksh!) por las mujeres del pasado

Tus ojos alumbraban el camino como si dos estrellas se hubiesen acampado en tus cuencas. Los árboles a un lado se movían como los rumores de un anciano. También, en alguna parte, había agua que fluía con una eterna constancia. A lo mejor podríamos haber tropezado con una piedra y haber perdido la memoria hasta el día siguiente. Digo esto porque íbamos con la cabeza en alto, y con la cabeza en alto se nos apareció un Búho. Nos fijó los ojos, pero al parecer fueron más fuertes los tuyos. El Búho (perenne inmóvil) terminó por volar al otro árbol. ¿Qué se habrán transmitido? A veces es muy lógico hablar con animales, cuando, por ejemplo, aparece el amor a medio camino. Esto también lo he visto cuando el amo le acaricia el cogote a su perro. Pero ahora fue diferente. La luna que antes no estaba comenzó a alumbrar con claridad el camino, y ciertas estrellas, junto con los ojos de ella, terminaron por dormirse. Y el Búho desapareció en secreto

El calor fue tan abundante en el día que la noche no dio lugar siquiera a una de esas brisas que bastan para limpiar el sudor acumulado. Lo cierto es que me hallaba solo en el diván de la casa a un lado de la puerta. Recordaba con mucha fantasía el cuerpo de mujer después de una relación sexual con el fin de concebir un hijo. Es más, podría haber sonado el teléfono, y estar seguro de que una nerviosa y delicada voz se haría a mis oídos. Pero no. En vez incliné la cabeza con delicada nostalgia y pude ver unos diez (nada hermosos) sapos a mis pies. No supe bien qué hacer. Sus texturas, en realidad, me paralizaron. Y luego sus bruap eran mis bruap. Tampoco logré imaginar cómo habían llegado a mí. Tal vez son la señal de aquellos que no quieren verme con la mujer que amo. O a lo mejor han venido desde la lejana acequia porque han sentido unos pasos que me buscan. En cualquier caso, terminé por salir a la noche y me quedé contemplando las estrellas casi hasta el amanecer. Cuando volví los sapos ya no estaban, pero la puerta seguía abierta y – qué curioso – ahora había una cantidad de esas cartas que arrastra el viento. Y, semejante a un niño, comencé a leerlas tratando de descifrar mis fantasías

Mira a esos corderos pacer, no saben lo que el destino les depara, los veo breee breee, entonces quiero caminar hacia ellos (creo que me llaman) pero huyen a brincos, pobres corderos, no esperaba que fuesen tan ariscos. Ah, esas lanas, qué ganas de acariciarlas, iré tras ellas por mi deseo, pero los corderos a brincos se escapan, no iré más tras ellos, esas pobres criaturas se burlan de mis sentimientos, esos desagradables bereee-bereee me recuerdan a la mujer que tuvo miedo de mí, por el desesperado amor que le entregaba. Mejor habría que ser pastor de ovejas: vi a uno que les hablaba y les acariciaba por el lomo, que les daba el agua y el alimento que da la vida, porque el pastor de ovejas se reconoce en los corderos para darse muerte

ETÉREO

Cansado heme de narrar paisajes reales. Yo soy de un mundo donde el campo y los retratos de naturaleza muerta no existen. Pues los hechos cotidianos son vulgares y no hay que darles vida. Por eso he decidido construir castillos en el aire, movidos por el viento, como un juego de cartas donde el *as* lleve las cuentas de mi memoria. Es cierto, estoy partido en dos: pájaros, adobe, caminos de polvo; pájaros, cemento, nada. Soy un pájaro a pique contra el horizonte que retrocede hacia nosotros para traspasarnos sin sentirlo. Construiré mi casa a partir de una cama. Tendré la fuerza para arrojarla lo bastante lejos; luego, a partir de donde caiga, trazar todo: baño, cocina y escritorio, pero la cama estará al medio, con los ojos de un hombre fijados en la ventana que dará exclusivamente a un cielo sin horizonte, para caer y quedar a un lado de las cosas, cantando lo que fue centro y gravedad

Quería forestar una *árida colina* para trazar los caminos de nadie. Pero terminaron por replicarle que los árboles crecerían hasta tal punto que sus trazas acabarían por desaparecer. Él, con esa inexplicable gratuidad que acontece sólo en ciertas personas, no se dignó a nada más que a pronunciar – y muy bien pronunciada – la palabra *perfecto*, lo cual no fue lanzarles sino un signo. Entonces le preguntaron si era de donde ellos eran. Respondió: No. Luego le pidieron que afirmara si era de los otros. Él dijo: No. ¿Y podrías decirnos de dónde mierda eres?, preguntaron ya perdiendo la paciencia. Él dijo: *yo soy de los árboles*. Entonces ellos guardaron un mal silencio – o quedaron con un mal sabor en la boca – mientras él, ya con actitud de Bosque, se fue con templado silencio, como si ellos estuviesen perdidos dentro de él

Cada vez que se tumbaba bajo un sauce, el sauce comenzaba a llorar. A él, eso le gustaba; pues el más puro ámbar lo bañaba. Y le complacía pensar en que si se quedara un buen tiempo ahí, inmóvil, entonces terminaría por convertirse en un gran fósil. De modo que también sería como una luz que atrae millones de mosquitos, pero sin las insufribles cosquillas. Llegado a este punto, el sauce dejaría de llorar, para que el tiempo destruyera su coraza y – tal como un pajarito quiebra el huevo que lo aloja – saliera preparado para recibir el viento desde los cuatro puntos cardinales

Recostado en un jardín de cerezos, lo he visto. ¿Qué habrá entre los fragmentos de cielo que no puede ver? ¿Acaso la idea de que Dios viva en el cielo no es tan absurda en la medida que habitamos el cielo que es aire y agua transfigurada en esta alma que asciende y desciende con las mismas ascendentes que toma un planeador? Me ha costado semanas comprender a este hombre que lleva todos los días recostándose boca arriba en el jardín de cerezos. Pues pareciera que le gusta descender con la gravedad (de a poco el cielo se va distanciando más de él) hasta llegar a sentir que la tierra se acerca con la intención de envolverlo con una frazada salida de sus profundidades. Pues lo hubieses visto: una cereza cayó sobre la punta de su nariz, para rebotar y luego resbalar hacia la fosa. Pero el hombre del jardín de cerezos, sin inmutarse, continuó boca al cielo

APUNTES PARA TRAZAR SUCESOS

BUCÓLICO

La lluvia cae y se forman extrañas figuras en el aire, mientras el canto del último pájaro muere en los oídos, para sembrar la luz entre el pasto y el medio día. Las hojas de los árboles se tocan como las hojas de un cuaderno al viento. Más allá se divisa un conjunto de tejas que evocan a un hombre con su yunta de bueyes. Las tortillas de rescoldo están recalentándose. El barro interviene el camino hacia el negocio de ese hombre que sirve esas llamadas *media caña*. Las narices son pepinos rojos. Las palabras son rimas con doble sentido. Y, de pronto, una pelea de payas. Son los puñetazos de la memoria contra el recuerdo. Los combos de las palabras contra la imagen. Luego, una *media caña* más. Dos. Tres. Cuatro... El sol afuera quema a un quiltro que no encuentra sombra. Puedo ver las extrañas formas que dibuja la lluvia en el aire y ver las torturas del sol hacer de las lágrimas un ardor en las mejillas. Nada sé del campo y nunca lo sabré

El polvo se posa en el polen y ocupa el lugar de las abejas. Y nuestras canillas empolvadas separan los talones de la tierra. Y los labios se resecan en el vigor de querer escupir. Luego los pasos se hacen inciertos y el camino se bifurca contra el esternón. Sin decisión, caigo a la vera del camino, y de un bolsillo sale un libro de bolsillo, que se me abre. Es *Amadis de Gaula*. Abro una página al azar, leo y leo, y debiese convertirme en caballero. Entonces retrocedo hasta llegar a la Edad Media. En ella me celebro imaginándome con armaduras recorriendo el mundo en busca de una mujer cautiva. Pero dejo la ensoñación, y continúo con paso errante a un confín cuyo viento devaste las fantasías construidas a lo largo del camino

El viaje de no muchos kilómetros, tenía un tiempo largo, y divisó un pájaro que no sé si era *cóndor*. Una vez que bajó los ojos del cielo era hora ya de bajarse del vehículo; pues ante sus ojos tenía el mar. Y este *huaso* no hizo otra cosa que exclamar: bah, yo pensé que era más grande. Y eso, considérese, que no intervenían islas, ni barcos, ni nada

Creyó que el horizonte sólo existía en el mar, hasta que llegado al valle, le dijeron que allí también había horizonte: que mirara las montañas y viera al sol hundiéndose en ellas, porque es en ese momento que el horizonte aparece. Pero igual para él – cosa espléndida – es sin relieves, es sin contornos, es sin sombras

TAPICES

La ciudad de la música *está más cerca del cielo que del mar*. Oh, Ravello, subí hasta ti y me recosté en una de tus laderas como en un instrumento de cuerda. La locación comenzó a girar. Y ciertas penínsulas de castillos llegaban a mis ojos. De pronto, caía la nieve. Y obtuve el cuadro: un azul contra un verde atravesado por el blanco. Al día siguiente, estaba en Andalucía. Caminé entre las naranjas caídas al suelo y la blancura de las casas. Sólo faltaba mirar al cielo, para obtener un nuevo cuadro: lo naranjo en medio del blanco alumbrado por el azul. Pero ahora estoy sentado en la plaza de armas, con unas pocas migas de pan en la mano, sin conseguir el hermoso juego de colores que me protege

Llovía en París y daba igual. Estábamos dentro del *Louvre*. Me gusta esa imagen de Baudelaire: cuando llueve la ciudad se limpia porque las personas se van en todas direcciones para albergarse en sus casas. Recuerdo una foto de Alberto Giacometti jorobado para que el abrigo protegiera su cabeza. Pero estábamos dentro del *Louvre*. Y miro por una de sus ventanas y veo la calle desierta con una francesa moviendo los labios para mí. Fue – parafraseando a Delacroix – pintarme cayendo desde un sexto piso. Ahora creo en los clichés de París, en las mujeres bailando can-can. Llovía en París y daba igual

Turbantes semejantes a sus pupilas negras. Sin embargo, los ojos tan blancos, inmensos, trazados de rojo por la arena. Puedo imaginar el Sahara con sedas al viento. He visto fotos donde un amigo salta por detrás de una duna saludando a un camello de tres jorobas. Pero él estaba de blanco. El Sahara se presta para contrastar todo tipo de ropaje, todo tipo de modas, todo tipo de razas. Pero yo viajaré por el desierto de Atacama. Me cruzaré con prófugos de América. La sed y las arenas serán nuestros balazos contra un puro cielo. La música de *un mar erótico* terminará por crear la imagen de mi amigo saltando detrás de una duna con esfuerzos de saludarme. (Lo recuerdo; te *voglio bene*.) Ahora tu mano aprieta mi nuca y el desierto está florido y se hace realidad su espejismo.

Qué decoraciones más barrocas en el restaurante chino Xiung-Chian-Fung: los tapices dorados con lapislázuli y tonos burdeos equivalentes a sus acuarios de peces. Las lámparas, asimismo, son de un verde botella y llevan unas inscripciones en negro. No sé lo que dicen, tampoco si dan con una luz oriental, pero lo cierto es que iluminan unas conchas blancas (en partes anaranjadas, amarillentas en partes más hondas.) Para comer, los palitos esos tienen la anatomía de los hombres llamados cabezas de músculo; en cambio los vasos son como las curvas de una mujer. Los garzones, por su parte, son coreanos del sur y coreanos del norte, los puedo distinguir. Aquí en Xiung-Chian-Fung no hay guerra entre ellos, visten sin embargo a la occidental, lo que hace que todo se torne de un barroco extraño. Y siempre para empezar esos wantanes, luego esos grandes chapsuy, y nunca faltará la salsa tamarindo, y esos té pu erh, y millones de pequeños detalles. Entonces decido acomodarme los zapatos puntiagudos y, tawa-tawa, soy fotografiado. Serpentinamente alzo la mano: querido Xiung-Chian-Fung cómo olvidarte, ayer pensé en entrar pero estabas con alguien y te prefiero sin nadie para mí.

Desperté en una alfombra roja, entre las puntas diamantes de unos sillones gastados por el movimiento de mórbidos traseros, con minis brillantes. Los escotes, asimismo, muestran la edad de las mujeres. Una se acerca con la intención de mostrarme su pezón que será como una taza de té. Mientras tanto, un cabrón se pasea con los mismos colores del prostíbulo. Pongo atención en la música semejante al gorro de copa y al bastón que ocupa el cabrón. Mientras tanto esa mujer en *topless* juega con el palo ensebado. Consumo rápidamente el aperitivo que tiene el sabor a las pieles de esas mujeres que se pasean. La garganta, por efecto, se me ensancha y voy al baño. Pierdo el equilibrio y, sin saber cómo, estoy otra vez en la calle. No saben cómo quisiera volver a ese lugar, pero siempre me equivoco entrando a uno nuevo, para encontrar sin embargo lo mismo de siempre. Algún día quisiera llegar hasta *ese* lugar y ver su nombre desgastado por el tiempo y el roce de la ciudad, apreciar que se ha transformado en una bodega de escombros. En ese momento, podría pensar en el extraño corazón que llevo

TOPOGRAFÍAS

Le gustaba caminar por los túneles, respirar el *entre* de los dos valles. Se lo puede reconocer porque lleva sobre sus hombros una frazada raída semejante a sus barbas, en partes blancas, en partes negras, en partes naranjas. A veces cuelga un cigarro de su labio leporino. Y cuando comienza a ver que la luz se asoma por la boca del túnel, entonces le da la espalda y se va hacia el otro extremo, y así sucesivamente. Parecido a cuando, viceversa, uno está un tiempo al sol, y al entrar en sombra la lectura es, si no imposible, insoportable. Pero él ha sabido convivir con los vehículos a toda prisa, ha masticado las termitas que pueblan los árboles, ha aniquilado las distancias al vivir con precisión *entre* dos valles. Alguien podría jugar con estas palabras y afirmar que es el túnel de la muerte. Pero no. Es la residencia del héroe de las soledades. La otra vez viaje en mi auto deportivo, y lo pude ver con varios hombres que parecían exigirle credencial. Y cuando regresaba estaba a la vera del camino, con uno de sus antebrazos en los ojos, mientras con el otro golpeaba al aire

Todos los nombres debajo del barro: manzanas que pierden el brillo alojando lombrices, querré revolcarme en el barro de mi nombre y nuevamente construirme al sol, y otra vez researme, en una confusión total, observándome chinos rusos ingleses franceses bolivianos y los propios mexicanos haciéndome terrón para que me beban como una taza de chocolate caliente. Pero prefiero el maíz, el maíz para los aztecas es como el barro para los cristianos (una lluvia de maíz hunde todos los nombres y crea las apariencias que tanto amamos.) Pero desnudémonos. Ayer recorrí Guanajuato: estar en sus túneles era viajar por adentro de mi cuerpo; sólo que los intestinos es una gran lombriz. Entonces me dije que el barro era lo cierto y que el maíz mejor lo dejaba para después, porque ¡dios mío! no tengo tiempo, las raíces están subiendo demasiado rápido y nos quedamos abajo, nosotros abajo y las raíces arriba. Entonces treparé por las raíces hasta ti, porque todo el cielo se tornará un gran ramaje; pues el árbol de la vida recobrará su vida, sólo que sus manzanas se las estarán devorando los mismos gusanos que después nos comerán como nosotros comemos de las manzanas de Eva, con facilidad, con alegría. Guanajuato, *ciudad de los ciento y tantos túneles*, te estoy pintando, porque *eres el único gran autorretrato que tengo*

No dejas de caer en altas y bajas mareas: mar afuera te vas mar adentro, mar adentro te vas al horizonte, en el horizonte un rayo de sol te hunde con él. Y de pronto estás en África, luego en China, y sin darte cuenta estás saliendo por la Cordillera de los Andes, para ver cómo la ciudad se purifica – antes de que el hábito vista al hombre– en *el ocaso del alba*. Ah, espléndida huida: irse con el sol y volver con él

Sentía la presencia de la isla. Bajo mis pies imaginaba una revuelta de agua. Y luego me perdía en la imaginación, no sabiendo si en la otra cara de donde me encontraba, estaría Japón o Alaska. Me preguntaba esto mientras pasaban veleros (para mí como esas manchas que crean los párpados cerrados) de todos los países del mundo. Por otra parte, *las toninas* estaban muy cerca de la orilla. Era maravilloso ver como se desplazaban (aparecían y desaparecían para burlarse de los ritmos del hombre). Pues para estar en una isla – me dije – uno tiene que transformarse en una isla, mimetizarse con lo que el paisaje nos ofrece: salir por la madrugada a buscar las redes –llenas de choros–, luego ir en busca de leña, después con la guadaña golpear la raíz de la papa (aparecen multiplicándose de una manera fabulosa). Pero también hay que dejar las interconexiones – me dije –, no pensar más en la *jerga* de los amigos (pensar que el mar puede ser algo pequeño), entregarse a preguntas lejos de cualquier ley física – estoy seguro de que los aviones no se mueven junto con la Tierra: ¿por qué, entonces, los aviones que van hacia Estados Unidos no aterrizan en Rusia? Ser la vertical de la Tierra y volverse isla, remar hacia el centro del mar, para estirar las manos a lo alto

Estábamos en el mes más caluroso. Los niños llenaban sus baldes con arena para obtener un molde entre sus piernas. Las olas reventaban sobre la orilla, y la espuma era justa para desaparecer entre los dedos. Los quitasoles, asimismo, alumbraban a *chiquillas bronceadas por la soledad*; y yo pasaba silbando por sus cabezas. Estábamos en el mes más caluroso. Las gaviotas, adormecidas, chocaban entre ellas. Y lo que no era playa tenía un segundo sol con deseos de venganza: las tiendas parecían en desuso, las escuelas estaban vacías, porque abundaban los paseos de curso, en esos buses azules (con franjas amarillas y naranjas a sus costados). Arriba iban mis amigos, mis hermanos, mis primos, mis tíos, mis propios padres, todos mirando hacia fuera sin percibirme; sólo yo divisé mi sombra y agitando el pañuelo el bus se puso en marcha

SUEÑOS

Estábamos en la fiesta dionisiaca. De un momento a otro comenzó a disminuir el tamaño de mis brazos, luego el de mis piernas; el codo, sin embargo, no; la cabeza, un poco; la nariz, sí; el cabello, no; los pies, un poco; pero iba cada vez perdiendo más el tamaño de mis miembros, y me hice tan pequeño que desaparecí ante los demás y escuchaba que preguntaban por mí. Y ya era una suerte de ácaro cuando el licor empapó las alfombras de las que bebí para volver a crecer

A mí mismo me besaba. Terminé por sacarme la lengua, por chuparme los ojos, por cortarme las orejas. Y el tacto desapareció a mis expensas. Fue la luz de una quimera. No veía las obligaciones de un amor inútil: comprar, vender, re-comprar, pagar, trabajar, hablar, sobre todo hablar de hijos, muebles, de las buenas costumbres, de países, historias, culturas, pueblos, del jamón. Luego, a mí mismo me besaba

En vez de quedar mirando de arriba abajo, contempló su cuerpo desde abajo hacia arriba. Su espalda, dijo, era el espejo del pasado. Y entró en el mundo de *Alicia en el país de las maravillas*

La línea del tren dividía nuestros cuerpos. A un lado, ustedes charlaban y reían y señalaban sin saber yo a qué objeto. Decidí, entonces, cruzar la línea, pero las piernas no me lo permitían. Y cada vez el esfuerzo por cruzar era mayor, y ustedes reían más y señalaban no se qué con mayor intensidad. Finalmente me grité, y desaparecieron

PROFECÍAS

Los pájaros están poblando el aire como las tempestades lo hacen, como las plagas crean sus escudos variables. Pienso en la ascensión de los estorninos o en el cruak del sapo de la caña. Sé que mi imaginación no es capaz de concebir esos grandes tornados, huracanes, esos grandes tsunamis y terremotos. Los cuatro puntos cardinales se están acercando a la vez para atravesarnos una cruz que nos encandilará hasta desquiciarnos. Los poemas contrarios a la flor nacerán abiertos, para cerrarse y morir asfixiados. Los pájaros llegarán a anidar con la señal de que en el cielo ha nacido una nueva gravedad. Asimismo, los perros ladrarán tarde ante los sucesos. Y antes de que el fin venga con el secreto los ojos se cerrarán con rumores

Dónde están mis tordos, dónde están mis cuervos, las lombrices gordas blancas comen de los cuerpos, cuervos tontos y traidores, tordos malditos y traidores, bajen del infierno a buscarme. Prometeo está por todos los siglos, por todas partes. Dónde están tordos traidores, cuervos malditos. Dónde están para quitarle la luz a mi cuerpo. Las lombrices hacen de mi cuerpo el fango de sus casas, el fango de mi desgracia. Cuervos traidores, tordos malditos, han despreciado la luz de mi cuerpo. Por qué me han abandonado, por qué me han abandonado. Tordos absurdos, caerán también en la trampa de las lombrices. Tordos y cuervos, tordos hombres y cuervos, todos terminaremos siendo un gran paisaje del gran Bosco ¡Paraíso artificial! ¡Carajos! Heme aquí recostado en el jardín a las 10 de la mañana sin saber qué hacer

Mientras tanto el tordo negro-azuloso picotea-picotea el gusano que escarba la muerte. Ah, el cielo es citado por la tierra por sus hedores. Pero no pienso salir de casa, sólo la ventana regala la ilusión de afuera. Veo el tordo negro azuloso que se refriega el pico con el gusano que le da vida a la muerte. Dejádme ya. El cielo se abre a la muerte por la muerte. Algún día nos iremos en la espiral contraria de lo siempre y de lo nunca. Ah, qué me hace creer en el barroco. Dios mío, mejor desátame esta cruz con que te cargo a mis espaldas, porque no dejo de zigzaguar ¡Oh tinieblas de resacas espinas! Las lombrices se levantarán contra los tordos chirriando al cielo

¿Qué encontraste en tu conversión espiritual? El signo es un velo de virgen maría, o una mujer transfigurada por la cruz, por el hijo inédito. Te hubieras visto, peleabas con el dragón, tomabas el fuego de su boca y lo convertías en máximas para la inquisición de jóvenes ultratumba, con lenguas barridas por la tierra, sin obtener siquiera la baba del caracol para que el sol alumbre el camino

La mujer de mi adolescencia me regaló una estrella. Ese acto ínfimo, sirviéndose de algo grande, es la *siutiquería* que requiere el amor. Pero un año después, en el mismo lugar el cielo se eclipsó a sí mismo, como si el alba y el ocaso hubiesen entrado en guerra. Pensé en el efecto de una bengala, en un objeto desconocido, empecé con teorías, algo sucedía con los *hoyos negros*, o un nuevo Bing-Bang estaría en ciernes. Realmente me interesé por estas cuestiones y me dediqué a los asuntos del cielo. Pero los días de ella pasaron sin que aconteciera mucho; pues ese mismo año me la encontré —¿dónde fue que fue — con flores regaladas

Tengo un amigo que es el tajo que se repite sobre la cicatriz. Pues las manos (como enredaderas) se le han alojado entre las piedras. Con éstas se confundirán y serán provechosas para quebrar botellas o romper la quietud del agua. Luego se levantarán contra un pordiosero como contra sí mismo, y la humanidad entera le gritará, hasta hacerle pedazos los nervios. Presiento que este hombre terminará como un desecho que se traga la tierra, con todas las lágrimas de sus hijos en sus ojos. Espero que el destino en el otro mundo te sea favorable y no adverso

Entréguenme sus máscaras para el futuro, impostores fracasados. Con ellas podría estafar a mis parientes más cercanos. Crearía redes familiares con los bisnetos de mi abuela. He leído a Rimbaud, a Lautréamont, con ellos me persigno todas las noches. Sabrán entonces que *la palabra está antes de la acción* y que *la poesía debe ser hecha por todos*. Es posible que ahora estés juzgando mis palabras con valores de verdad. Estás demasiado lejos de los poetas malditos porque en realidad eres un **maldito poeta**. Sí, las inversiones de sentido mueven el ánimo a destruir la herencia. Pero girar las palabras que volcó Lautréamont sería hacerme pedazos a mí, quedar con el orgullo desplazado, ser irrefrenablemente violentado por la poesía. Tengo hambre de mis escasas uñas. Asimismo, una manzana se resbala por el dolor que llevo en las yemas de los dedos. Veo que soy realmente sensible. Puedo elaborar redes familiares con los bisnetos de mi abuela. Entréguenme sus máscaras para el futuro, impostores fracasados. Este fragmento que escribo nunca tendrá lectura en voz alta. Lo prometo. Estoy armado. Pues en la escritura vivo la aventura de la ausencia.